

JOSÉ MARTÍN / Misionero de la Consolata destinado en Etiopía

“Mi mejor misión es ver como los jóvenes crean su futuro”

Cada persona tiene su lugar en este mundo y José Martín hace 24 años que encontró el suyo. Jienense de nacimiento y granadino de sentimiento, este misionero ha conseguido convertir su profesión en su mejor estilo de vida. Satisfecho por el trabajo realizado y esperanzado en poder volver y continuar con la misión, Martín nos acerca hasta el mundo etíope en donde ha luchado, trabajado, vivido y soñado. La educación, la sanidad y la labor social, algunas de sus premisas conseguidas.

LLEIDA M.ROMERA

¿Qué te empujó a ser misionero?

Yo estudiaba en Granada en el instituto público Padre Suárez y unos integrantes de la congregación de la Consolata vinieron a hacernos una charla. Al finalizar la jornada nos comentaron que si alguno de nosotros estaba interesado en ser misionero pues que les dejáramos el teléfono. Y yo, sin pensármelo mucho, les di mi número y después de llamarme y estar un par de años valorando el asunto, al terminar los estudios de COU ingresé en el seminario de los Misioneros de la Consolata de Madrid.

Una vez ya como seminarista, ¿Cuál fue tu primera misión?

Me destinaron a Etiopía y antes de marcharme me fui un año a Inglaterra para aprender inglés, un tiempo más en Italia porque la congregación es italiana y sabía que muchos de los misioneros hablarían en este idioma. Finalmente, estuve unos seis meses estudiando la lengua etíope, el *amarico*, y en el año 1982 partí hacia Etiopía.

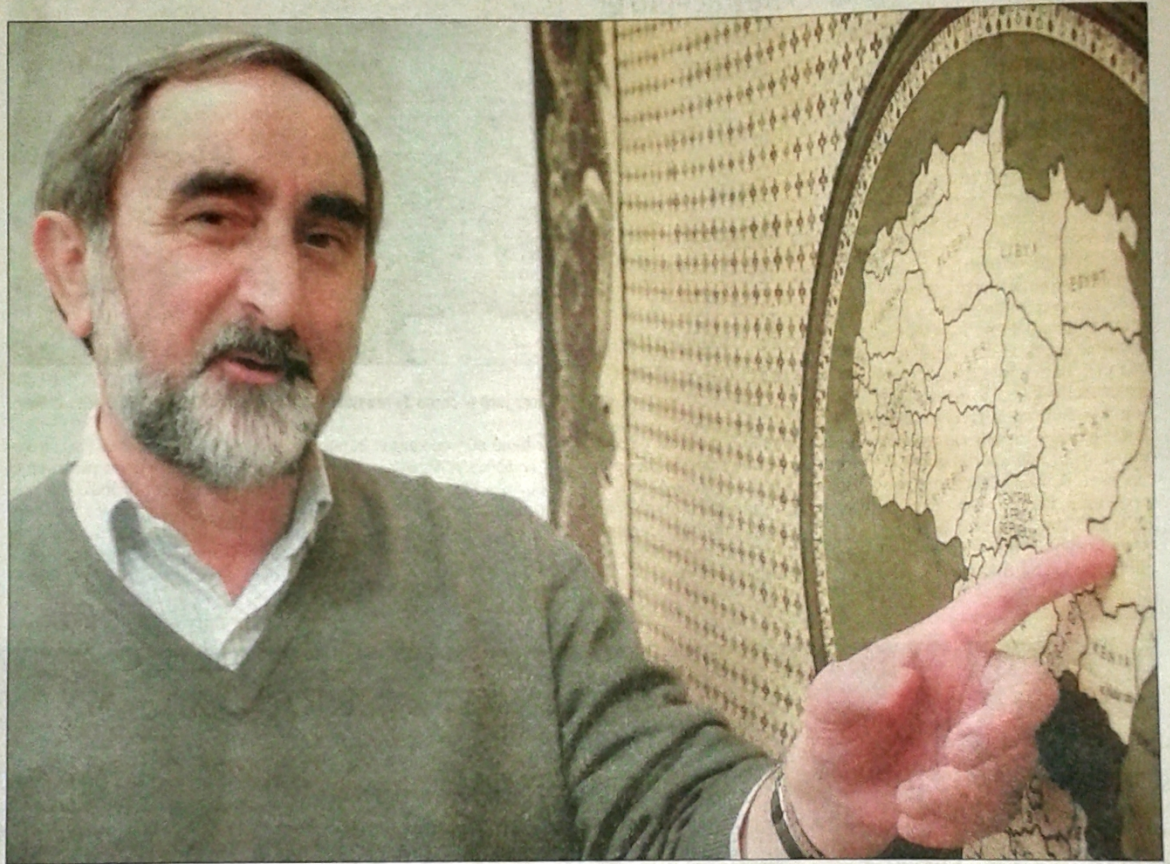
¿Cuántos años has estado allí?

Ni más ni menos que 24. He estado en diferentes misiones que en conjunto suman 24 años de mi vida.

¿Sin volver a España?

Volvía tres meses cada tres años. Venir más veces es imposible, primero por el trabajo que tenemos allí los misioneros y que no podemos abandonar y también porque el coste del viaje es muy elevado.

¿En cuántas misiones has par-



TONY ALCÁNTARA

ticipado?

La primera en el año 82 fue en la ciudad Shashemane que está a unos 250 kilómetros de la capital, Addis Abbeba. En aquellos tiempos era una localidad tremendamente afectada por el hambre. Después de 10 años en Shashemane, me trasladé hasta la capital etíope para llevar a cabo tareas administrativas y de coordinación de las distintas misiones que había entonces repartidas por el territorio. Finalmente, la última etapa la pasé en el poblado de Ropi en donde no había ni luz, ni carreteras, ni agua, ni nada de nada. Tuvimos que construir pozos, escuelas y demás edificios, además de crear pro-

yectos agrícolas que mejorarán la base alimenticia de los ciudadanos que vivían completamente aislados.

¿Qué enfermedades son las más comunes en Etiopía?

Las que más afectan a la población del país son la malaria y la tuberculosis. Nuestro hospital, incluso, está especializado en tuberculosis y tenemos una residencia al lado para que los enfermos puedan seguir el tratamiento de la dolencia antes de marchar a los poblados. De no ser así ninguno de ellos continuaría con la medicación y nos se curarían. Otras enfermedades como la lepra o el sida también tienen una especial incidencia pero están más

controladas.

¿Y el hambre?

Aunque está más controlada gracias a las ayudas internacionales, hace un año hubo una sequía muy fuerte que agudizó la hambruna. De todas formas tenemos mucha información sobre las previsiones de sequías y podemos actuar antes de que llegue una para abastecer de agua y alimentos a los ciudadanos. Pese a estas medidas, hay momentos en que la situación es tan límite que no podemos ponerle solución.

Tu mejor momento como misionero.

No tengo un momento en concreto. Para mí, mi mayor satisfacción

como misionero es poder ver que gracias a nuestra ayuda hay niños que no tenían ningún futuro y que ahora han conseguido ser dueños de su vida. Uno, por ejemplo, está acabando el doctorado en Economía en la Universidad de Harvard; ésa es mi mayor recompensa. Muchos de estos chicos son hijos de leprosos y vivían apartados del resto de sociedad y crecían entre la mendicidad. Imagínate, todo un logro y satisfacción.

Y el peor?

En mayo del 1991 acabó la guerra que dejó el país desolado y durante siete meses sin nadie al cargo del Gobierno. Se desmanteló el ejército y aquello fue un ajuste de cuentas y una matanza diaria. Pasamos mucho miedo e incertidumbre, pero a nosotros no nos robaron ni una vez. Nos respetan, porque saben que venimos a ayudarles.

¿Volverás?

Lo estoy deseando. Llevo cinco años aquí ahora y espero que dentro de un par más ya puede volver a Ropi en donde me encuentro mejor. Me iré para no volver.

“La población nos respeta porque saben que venimos para ayudarles en su día a día”

